

Diez

Por Bruna Guedes

Desperté con la esperanza de sentirme mejor. No podía comer nada o vomitaria hasta las tripas. Ya ni recordaba lo que era estar saludable, porque hacía cinco meses que me sentía mal cada dos semanas. Por suerte, el malestar solía durar solo unas horas. Sin embargo, últimamente expulsé mis comidas favoritas de mi cuerpo: chocolate, macarrones, hamburguesa, helado, hot dog... Hacía tres días que llegué a Seattle y dos que mi estómago dolía sin parar. “Hoy será un buen día, y mañana aún mejor,” me dije a mí misma. No lo fue. La incomodidad era soportable, pero no lo suficiente como para tener un buen primer día de trabajo a la mañana siguiente.

Mi llegada a la ciudad había sido un desastre. Mi vuelo se retrasó y perdí mi conexión, así que tuve que pasar la noche en un hotel en Filadelfia. En el aeropuerto, la aerolínea destrozó mi maleta y no querían hacerse responsables. Ahora, el dolor me había llevado al hospital, donde me preguntaron qué tan fuerte era del 0 al 10. Eso me recordó la película *Bajo la misma estrella*, donde los doctores le hacían la misma pregunta a la protagonista Hazel Grace que tenía cáncer. A pesar del dolor insoportable, ella nunca dijo 10, reservando ese número para un momento más duro como la muerte de su novio. Estuve de acuerdo con ella en que el dolor del corazón duele más que el físico. “Siete u ocho,” le dije al enfermero.

Mientras me inyectaba morfina, el enfermero me comentó que era filipino y que conocía la empresa en la que empezaría a trabajar. Solo unas semanas después descubrí que la mayoría de nuestros clientes eran filipinos. La doctora entró con malas noticias: necesitaba ser transferida a otro hospital para una cirugía al día siguiente. “No puedo, pues trabajo mañana,” le respondí. Pero no había opción; me explicó que cualquier cosa que comiera me haría sentir peor. No había notado hasta ese momento que llevaba horas sin comer. El enfermero, revisando mis exámenes,

me dijo que era fuerte, ya que un “siete o ocho” no reflejaba realmente la cantidad de dolor que debería estar sintiendo. Como Hazel Grace, reservé el diez para cuando mi abuela falleció. Ese sí fue un dolor digno de un diez.